

XII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia, Facultad de Humanidades y Centro Regional Universitario Bariloche. Universidad Nacional del Comahue, San Carlos de Bariloche, 2009.

Figuras de izquierda y pensamiento latinoamericanista. Un análisis de los discursos de José Ingenieros, Alfredo Palacios y Manuel Ugarte.

Cormick, Silvina.

Cita:

Cormick, Silvina (2009). *Figuras de izquierda y pensamiento latinoamericanista. Un análisis de los discursos de José Ingenieros, Alfredo Palacios y Manuel Ugarte. XII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia, Facultad de Humanidades y Centro Regional Universitario Bariloche. Universidad Nacional del Comahue, San Carlos de Bariloche.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-008/470>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Figuras de izquierda y pensamiento latinoamericanista. Un análisis de los discursos latinoamericanistas de José Ingenieros, Alfredo Palacios y Manuel Ugarte

Cormick, Silvina (UBA – UNQ)

En el presente trabajo buscaremos analizar los discursos latinoamericanistas de tres importantes figuras de la izquierda argentina -José Ingenieros, Alfredo Palacios y Manuel Ugarte-. Para ello atenderemos al contexto general de emergencia de estas propuestas, así como a los itinerarios a través de los cuales cada uno de ellos elaboró sus propias concepciones sobre esta temática.

América Latina y un nuevo porvenir: reformismo, juvenilismo y latinoamericanismo

Hacia la década de 1920, reformismo, juvenilismo y latinoamericanismo convergieron en un nuevo movimiento que se insertaría en el mapa político latinoamericano en pos de una transformación político-social. En este contexto, habría de surgir la figura del Maestro como reconocimiento a aquellos intelectuales que apoyaban la causa reformista; algunos de ellos serían el mexicano José Vasconcelos y los argentinos José Ingenieros, Alejandro Korn, Manuel Ugarte y Alfredo Palacios. Estos Maestros de la joven generación y los nuevos líderes universitarios latinoamericanos tendrían en común ese *élan* latinoamericanista que les permitía pensar al continente como una entidad con idénticos problemas a resolver: dentro del espacio Latinoamericano implicaría la lucha por las reformas democráticas y, fuera de él, la defensa contra el imperialismo norteamericano. En este contexto, Manuel Ugarte, Alfredo Palacios y José Ingenieros ocuparon un lugar preponderante tanto por su lugar como referentes de la juventud reformista latinoamericana como por su prédica antiimperialista y latinoamericanista.

En las próximas páginas buscaremos revisar sus discursos e itinerarios privilegiando los aspectos de sus recorridos relacionados con la temática aquí presentada y es por ello mismo que nos detendremos en la década de 1930.

Manuel Ugarte: un antiimperialista militante

Este intelectual, nacido en 1875 en el seno de una de una familia vinculada a los sectores dominantes y a las personalidades políticas más importantes de la Argentina del período, transcurriría su vida entre su país de origen y Francia. Iniciado desde joven en las letras, Ugarte adscribiría a la concepción social del arte. A ello había contribuido su estancia en París durante el caso *Dreyfus* y, poco después, los ecos de la intervención norteamericana en la guerra cubano-española. En esta coyuntura, se familiarizó con el discurso de Jean Jaurès y decidió realizar su primer viaje a los Estados Unidos en 1900. De regreso a Europa escribió, en 1901, sus primeros artículos antiimperialistas: “*El peligro yanqui*” y “*La defensa latina*”. A lo largo de estos años de juventud y, principalmente, a partir de su inclusión en los grupos intelectuales latinoamericanos residentes en Europa y su viaje a Norteamérica, Ugarte fue definiendo una identidad continental a la vez que una actitud crítica hacia el expansionismo de ese país sobre Latinoamérica que se diferenciaría de la matriz arielista.

En 1903, de regreso a la Argentina, adhirió al Partido Socialista de Juan B. Justo abriendo camino a un nuevo período. Como miembro del partido, colaboró con la campaña electoral que convirtió a Alfredo Palacios en diputado socialista por la circunscripción de La Boca y participó, en calidad de delegado del partido, en los congresos de la II Internacional realizados en Ámsterdam en 1904 y Stuttgart 1907. Sin embargo, ya no participaría de los siguientes congresos, pues el partido le había retirado su cargo de delegado. Las polémicas que lo distanciarían del partido ya habían comenzado.

Si la dirigencia del partido y Ugarte acordaban en un socialismo de base científicista y evolucionista a la vez que “*democrático y gradualista respecto al acceso de las masas al socialismo*”, discrepaban en torno a la cuestión nacional e imperialista¹. Frente a la cuestión nacional, el núcleo dirigente del Partido Socialista privilegiaba la cuestión social y una identidad definida por la adscripción a un socialismo internacional. Sin embargo, esta preferencia por la identidad socialista internacional no debía identificarse con el antipatriotismo. Como bien sintetiza Ricardo Martínez Mazzola, “*el intento de Justo es encontrar un punto de equilibrio entre los que ven a la patria como una ‘entidad sagrada’ y aquellos que oponen el ‘concepto absoluto de*

¹ Laura Ehrlich, “Una convivencia difícil. Manuel Ugarte entre el modernismo latinoamericano y el socialismo”, en *Políticas de la memoria* n°6/7, verano 2006/2007, *Ibíd.*, pp. 109-111.

humanidad”². En Ugarte, en cambio, la articulación entre socialismo y la cuestión nacional estuvo lejos de ser estática pero -a medida que su prédica latinoamericanista / antiimperialista fue cobrando fuerza- la cuestión social fue, cada vez más, subordinada a su preocupación nacional. La segunda gran diferencia entre Juan B Justo y Ugarte radica en sus versiones antagónicas sobre el imperialismo. Para el primero, la amenaza imperialista provenía de Inglaterra y estaba vinculada a una concepción económica mientras que para Ugarte el peligro imperialista se originaba en el accionar político, cultural, económico y social de Norteamérica³. Estas diferencias entre este autor y la dirigencia estallaron en 1913 en el contexto de una feroz polémica desatada en torno al canal de Panamá y del duelo entre Ugarte y Palacios. Las discrepancias en torno a los principios doctrinales y las tensiones que su rol de escritor habían generado en el partido llegaban a su fin; Ugarte sería expulsado.

Durante su estadía en Europa, como representante del Partido Socialista, Ugarte había preparado su libro *El porvenir de la América Latina* -publicado en 1910- y en 1911 se dispuso a realizar una gira latinoamericana que finalizaría en 1913. A lo largo de su viaje, se entrevistó con intelectuales y mandatarios y se reunió con estudiantes y agrupaciones obreras, logrando cosechar adeptos para su causa antiimperialista. De regreso a Buenos Aires -y luego de su expulsión del partido- habría de abocarse por completo a su campaña fundando la Asociación Latinoamericana. Desde entonces, comenzaría a entablar relaciones con sectores estudiantiles que se sellaría con su discurso como orador principal del acto de fundación de la Federación Universitaria Argentina. Consolidada la victoria reformista y finalizada la guerra europea, en enero de 1919 regresa al Viejo Continente donde permanecería hasta 1935. En este período, publicaría *Mi Campaña Hispanoamericana* (1922), *La Patria Grande* (1922) y *El destino de un continente* (1923) mientras seguiría de cerca del desarrollo de la política latinoamericana, del movimiento reformista universitario y de las diversas ligas antiimperialistas que comenzaron a formarse por aquellos años.

Manuel Ugarte y su discurso unión latinoamericana

² Ricardo Martínez Mazzola, “El antiimperialismo entre socialismo y cuestión nacional. Las ideas de Juan B Justo y Manuel Ugarte”, VIII Jornadas Interescuelas y Departamentos, Salta, Septiembre 2001, p. 9.

³ *Ibíd.*, pp. 18-19.

A continuación analizaremos, a partir de su obra más compleja, *El porvenir de la América Latina* (1910), los argumentos desplegados por Ugarte en torno a la unidad latinoamericana y detectar en base a qué principios o elementos fue legitimada.

Para ello es necesario partir de su lectura sobre la historia latinoamericana y, en particular, sobre el proceso de independencia. En efecto, tomando el caso de las guerras de independencia, Ugarte construye un antecedente histórico de lucha conjunta por la independencia de continente que, sin embargo, se ocupa de aclarar no fue contra España “... sino contra el grupo retardatario que en uno y otro hemisferio nos impedía vivir”⁴. El proceso histórico abierto desde entonces encerraría el gran drama latinoamericano pues, en lugar de conformarse una *nación vigorosa* que pudiera contrarrestar el peso de los Estados Unidos, *el localismo* y *el caudillismo* habían dado lugar a Estados que “*se desarrollan independientemente, sin acuerdo y sin plan poniendo fin a los intentos de Bolívar y San Martín de reunir los nuevos Estados en una confederación*”⁵. Este hecho estaría fundamentado en un criterio político de la nación y nacionalidad a lo cual creía necesario contraponer un criterio histórico-cultural que permitiera rehacer “*en lo que refiere a política internacional una patria única*”⁶. Sólo de esta manera, pensaba Ugarte, era posible contener los impulsos expansionistas de la América del Norte y garantizar la senda hacia el progreso. La base que posibilitaría dicha unión, además del aspecto defensivo, sería la existencia de una nacionalidad hispanoamericana -fruto de “*una elaboración larga y difícil*” a partir del cruce de los elementos hispánicos, indígenas y del mestizaje⁷, que configura un acervo moral perceptible en el alma, la conciencia y el sentimiento colectivo. Trabajando sobre estos signos de unidad hispanoamericana a través de la educación y con la fuerza de las juventudes sería posible dar forma a un nuevo espacio político continental que correspondiese al ámbito de la Confederación moral: “*Estados Unidos del Sur*”⁸.

Manuel Ugarte y su convicción antiimperialista.

⁴ Manuel Ugarte, *El Porvenir de la América Latina*, Sempere Editores, Valencia, 1910, p. 50.

⁵ *Ibíd.*, p. 101. El subrayado es nuestro.

⁶ *Ibíd.*, p. 189.

⁷ *Ibíd.*, p. 20.

⁸ *Ibíd.*, p. 159.

En su visión del imperialismo, Ugarte integra argumentos vinculados, por un lado, al análisis de las características de los tipos de civilización y, por el otro, a las implicancias y riesgos políticos que, a su entender, contenía el avance norteamericano. En un sentido genérico, sostenía que “*el imperialismo existe siempre que un pueblo quiebra su cauce para invadir directa o indirectamente tierras, intereses o conciencias que no tienen antecedentes ni lazos de similitud que lo acerquen a él*”⁹. Aplicando esta premisa general al caso latinoamericano concluía que al componer América del Norte y del Sur dos civilizaciones distintas -una sajona y otra latina- conformaban, a su criterio, “*dos mundos rivales*” en donde una parte buscaba expandir su influencia sobre la otra. Su constatación estaba dada, en este caso, por los intentos de los Estados Unidos por obtener el derecho de representación de las Américas en el concierto internacional mediante la Doctrina Monroe e imponer su influjo a partir de una serie de fases de penetración que irían desde lo cultural hasta lo militar. En este sentido, Ugarte sostuvo que existían en Norteamérica “*proyectos que tienden a crear en el sur una especie de dependencia, escalonando en zonas graduadas el predominio protector, la influencia económica, la dominación directa y -cuando las circunstancias lo permiten-, como en Cuba, la ocupación militar*”¹⁰.

Es interesante notar que su concepción de imperialismo estaba influenciada por el intelectual francés Gabriel Tarde¹¹. Según este filósofo, existía un modo infalible “*de anexión moral y de conquista*”: los medios de transporte y los idiomas –una conjunción de imperialismo lingüístico e imperialismo económico-. Retomar estas ideas de Tarde le permitiría fundamentar su convicción de que la real amenaza es política pues el imperialismo lingüístico y el económico serían las vías de penetración empleadas por la nación conquistadora para debilitar o desnacionalizar a otra nación. El objetivo último, sería la injerencia en las cuestiones de política interior y/o la anexión política. A estas formas, y al consiguiente peligro de dominación política que ya encuentra operando en América Latina quiere contraponer un programa de defensa que no es otro que el de la unión política latinoamericana. Ante una amenaza política la respuesta ha de ser política. Para realizar su programa apela a la juventud que, ávida de ideales, podría

⁹ *Ibíd.*, pp. 1 y ss.

¹⁰ *Ibíd.*, p. 115

¹¹ Agradezco enormemente a Daniel Szabón por su ayuda en este punto.

movilizar a las fuerzas sociales, influir en los gobiernos y llevar adelante la misión de la América Latina.

De acuerdo con lo observado, la realización de la unidad política del continente era, para este intelectual, por un lado, un modo de corregir los errores del pasado. Por el otro, la única forma posible de garantizar la independencia de la América Latina ante el avance del imperialismo norteamericano. Para contrarrestar esa expansión, Ugarte apeló a la construcción de una confederación política que, a su entender, era posible por la existencia de una nacionalidad latinoamericana y que, por medio de la acción de las juventudes latinoamericanas podían llegar a realizarse.

Alfredo Palacios: el orador del reformismo.

Alfredo Palacios nació en Buenos Aires en 1878, hijo de padres uruguayos, y transcurrió su juventud entre el Colegio Central y su participación en el Centro Católico Pedro Goyena. Tiempo después, siendo ya estudiante de derecho, integró el grupo de colaboradores de *La Montaña. Periódico socialista revolucionario*, creado por José Ingenieros y Leopoldo Lugones¹². Sensible a cuestiones relacionadas con la condición obrera, realizó algunos trabajos sobre esta temática como su tesis *La Miseria. Estudio administrativo legal*. Horacio Tarcus, indicó que uno de los aspectos significativos de esa primera tesis era que apareciera una percepción del capitalismo que “*enfatisa el momento de la condena moral*”¹³. Así, al término de su carrera, se encontró más vinculado a la masonería y al ambiente socialista. Luego de varias invitaciones a incorporarse al partido, en 1901 la cuestión fue debatida en una asamblea del partido que votó su incorporación. Dos años después, el Centro Socialista de La Boca lo proclamó candidato a diputado por su circunscripción tras lo cual ello, inició la campaña junto a sus compañeros Manuel Ugarte, José Ingenieros y Del Valle Iberlucea que lo convertiría en el “primer diputado socialista de América Latina”.

Durante su primera experiencia legislativa comenzaban a profundizarse, en el interior del partido, los desacuerdos respecto a la cuestión nacional. Como vimos en el

¹² Horacio Tarcus, *Marx en la Argentina. Sus primeros lectores obreros, intelectuales y científicos*. Bs. As., Siglo XXI, 2007, p. 413.

¹³ *Ibíd.*, p. 447.

apartado anterior, existían entre los socialistas ciertas discrepancias respecto a las posibilidades de conciliar nacionalismo y socialismo, que Juan B. Justo intentaría superar mediante dos operaciones: primero, presentando al Partido como un producto del desarrollo histórico del país y segundo, intentando sobreponer la identidad ciudadana o política por sobre la identidad nacional (étnica-cultural)¹⁴. En este contexto, al buscar articular socialismo y patriotismo, Palacios se presentaría para algunos miembros del partido como un representante del “*patriotismo restacuerdo*”¹⁵. Es que, como expresaría él mismo, “*Internacionalismo y Patria no son conceptos incompatibles (...) La Patria es el conjunto de afinidades que hacen vislumbrar, más allá de la vida individual, una grande y amplia vida común.*”¹⁶. De esta forma, al igual que su amigo Manuel Ugarte, Palacios se inclinaba por una actitud conciliatoria entre cuestión nacional y socialismo. Si esa relación se truncó hacia 1913 con un reto a duelo y la expulsión de Ugarte del partido, pocos años después, en 1915, Palacios también sería expulsado del partido raíz de un cruce de padrinos entre él y Horacio Oyhanarte. Con ello, se buscaba poner fin a las tensiones acumuladas en el interior del Partido respecto su tendencia a interpretar sus disputas como cuestiones de honor. Tras ello, el ilustre orador, decidiría renunciar a la banca de diputados que había obtenido en 1912.

Los años que mediaron entre su expulsión del Partido Socialista y su reincorporación en octubre de 1930, Palacios intentó continuar su labor política desde el Partido Socialista Argentino pero hacia 1922 este ya había desaparecido¹⁷. Por aquel tiempo, se desempeñó como abogado laboralista y docente universitario en la Universidad de Buenos Aires y obtuvo cargos destacados en la Universidad de La Plata. A fines de junio de 1918, en momentos en que el conflicto estudiantil cordobés comenzaba a convertirse en un conflicto político nacional, Palacios se integró al movimiento universitario presentándose como portavoz de sus reclamos dentro y fuera del país. Investido del prestigio que había adquirido a partir de su labor como el primer diputado socialista y como referente del movimiento universitario cordobés, en mayo de 1919, invitado por la Federación de Estudiantes del Perú, viajó a Lima. Allí conoció a los líderes estudiantiles peruanos con quienes llegaría a estrechar fuertes lazos en tiempos de Augusto B Leguía. De este modo, encontramos en la década del veinte un

¹⁴ Ver: José Aricó, *La hipótesis La hipótesis de Justo. Escritos sobre el socialismo en América Latina*, Buenos Aires, Sudamericana, 1999 y Ricardo Martínez Mazzola, “El antiimperialismo...”.

¹⁵ Citado en Víctor García Costa, *Alfredo Palacios. Entre el clavel y la espada. Una biografía.*, Buenos Aires, Planeta, 1997, p.222.

¹⁶ *Ibíd.*, p. 270.

¹⁷ *Ibíd.*, p. 281.

Palacios alejado de los escaños, compenetrado en su labor universitaria y política ligada al movimiento reformista cordobés y latinoamericano y, a través de ella, estableciendo conexiones con estudiantes e intelectuales de todo el continente. Ejemplo de ello fueron los vínculos que lo unieron al secretario de Instrucción Pública mexicano, José Vasconcelos, quien lo invitaría a visitar su país en 1923.

De regreso en Buenos Aires, se integraría al círculo latinoamericanista que empezó a gestarse en torno a la publicación *Renovación. Boletín de Ideas, Libros y Revistas de la América Latina* que, ese año, había creado José Ingenieros. Los intelectuales y estudiantes agrupados en torno a *Renovación* intentaron convertirse, a través de este espacio, en referentes de las juventudes reformistas a la vez que sirvió como vía de vinculación para aquellos que, como indicara Alexandra Pita González “*compartían la idea de que era necesario defender a América Latina del avance imperialista norteamericano mediante la creación de una conciencia colectiva favorable hacia una unión regional*”¹⁸. Esa tarea, que según entendían debía ser realizada por fuera de las estructuras de los partidos, era asumida por los integrantes del *Boletín*. A este fin buscaron contribuir por medio de la publicación de artículos de referentes del antiimperialismo, denunciando la política expansionista norteamericana o predicando por la unidad del continente latino. Dos años más tarde, en 1925, en un contexto en que en toda América Latina se creaban organizaciones antiimperialistas, el grupo *Renovación* decidió convertirse en la Unión Latino Americana. Vinculado a este giro puede entenderse, según Pita González, la elección de Alfredo Palacios como presidente de la ULA pues su reconocida trayectoria personal como político y líder de las juventudes reformistas y su vinculación al grupo *Renovación* reforzaría el prestigio de la institución y garantizaría nuevos adeptos. Desde entonces, el presidente de la Unión llevó a cabo una campaña propagandista cuyo objetivo era fomentar la solidaridad y unión de los países latinoamericanos a la vez que denunciar el imperialismo norteamericano y promover el movimiento reformista y latinoamericanista. Esta tarea, y la propia existencia de la institución, se encontraron, sin embargo, con un límite infranqueable al producirse el golpe militar en 1930.

¹⁸ Alexandra Pita González, *Intelectuales, integración e identidad regional. La Unión Latino Americana y el Boletín Renovación, 1922-1930*, Tesis doctoral presentada en El Colegio de México, México, en prensa, 2004, p. 60.

Alfredo Palacios: la unión latinoamericana y el antiimperialismo.

Palacios reflexionaba sobre el destino latinoamericano teniendo en consideración tanto los acontecimientos internacionales -la primera Guerra Mundial y la Revolución Rusa- como los avatares de la expansión norteamericana sobre el continente. De este modo, si la guerra europea había puesto de manifiesto los males y vicios que esa cultura contenía, por otro lado, abría la posibilidad para que América Latina buscara en ella misma las claves para redimir, desde América, la cultura universal. Pero ello sólo podría ser realizado si las juventudes del continente lograban “*hacer efectiva la solidaridad espiritual entre los pueblos de América Latina*”. De esta manera, Palacios llamaba a los jóvenes a emprender una acción renovadora que, partiendo de los valores e ideales de la raza de Nuestra América, diera por resultado una nueva cultura y contuviera “*la expansión arrolladora y envolvente del capitalismo yanqui*”¹⁹. En este sentido, los invocaba a trabajar urgentemente la *Confederación Iberoamericana* puesto que sólo a partir de ella sería posible alcanzar la “*nueva emancipación americana*”²⁰.

Esa América, que se hallaba en peligro de perecer bajo la “*incesante*” expansión imperialista norteamericana desplegada por conquista directa o a través de su política financiera, debía confederarse si quería continuar siendo independiente. Y en esa América la unión era posible, a entender de Palacios, porque “*tenemos el mismo idioma (...) el mismo origen; estamos unidos por el mismo movimiento de emancipación; hemos defendido la misma causa; tenemos los mismos problemas internos y externos por resolver; aspiramos a la realización de las mismas instituciones democráticas; y, por último, nuestros productos, lejos de excluirse, se complementan*”. Recurriendo a estos argumentos buscaba fundamentar los lazos que -hacia el pasado y hacia el futuro-, componían aquel sustrato compartido al cual podían apelar por un lado, en su llamado a la realización de la solidaridad de los pueblos de la América Latina y, por el otro, para fundamentar la formación de la unión hispanoamericana. A partir de aquella unión política de tipo confederal podrían los hispanoamericanos contener las pretensiones y ambiciones imperialistas que alentaban los Estados Unidos sobre Nuestra América.

¹⁹ Alfredo Palacios, *Nuestra América y el imperialismo*, Bs As, Palestra, (1930) 1961, p. 89.

²⁰ *Ibíd.*, p. 81.

A entender del autor, la expansión de los Estados Unidos sobre el continente se debía, fundamentalmente, al elevado grado de desarrollo que había alcanzado el régimen capitalista en ese país, cuyo impulso lo llevaba a extender sus actividades comerciales y financieras sobre los países de América Latina. Pero este avance escondía el peligro de la absorción y dominación política de las naciones hispanoamericanas que ya había quedado demostrado en varias oportunidades. Y esta tendencia le parecía no detenerse debido a que *“por razones biológicas y económicas, los Estados Unidos se sienten impulsados a crecer. Y crecen cada día más. La expansión es incesante. Han comprado territorios o los han conquistado”*²¹. Mientras tanto, en aquellos lugares donde *“el imperialismo yanqui [que] invade a Iberoamérica”* no se hiciera presente con ejércitos, se debe estar igualmente alerta pues *“vendrá con su política financiera, que limita la soberanía nacional o compromete la independencia”*²²

A partir de lo señalado, es posible concluir que para Palacios la unión de la América Latina en una Confederación Iberoamericana era, principalmente, una necesidad del presente para, por un lado, renovar la cultura occidental que se hallaba en crisis en Europa y, por el otro, para defender la independencia política de los países hispanoamericanos frente a la amenaza imperialista de los Estados Unidos. Al respecto, el autor sostenía que el imperialismo norteamericano era una consecuencia más del alto grado de desarrollo que en ese país había alcanzado el régimen capitalista que, necesitado de nuevos mercados, se lanzaba a la conquista de territorios ya fuera por invasión directa o por medio de sus finanzas. Caracterizando entonces el problema imperialista desde una clave política, buscaba, a través de la Confederación Iberoamericana, presentar una respuesta y una defensa que también fueran políticas.

José Ingenieros: la institucionalización del reformismo.

Nacido en 1877 en Italia, José Ingenieros era hijo de Salvatore Ingegneros, un activo militante socialista cuyo compromiso político lo obligó instalarse en Buenos Aires. Tras sus estudios en Colegio Central inició la carrera de medicina al tiempo que realizaba sus primeras incursiones en el socialismo integrando el núcleo de estudiantes que, reunidos en el Hospital de Clínicas, fundara el Centro Socialista Universitario.

²¹ *Ibíd.*, p. 52.

²² *Ibíd.*, p. 53.

Eran tiempos en que, como indica Horacio Tarcus, “*el Partido Socialista en la Argentina [era] una tarea que [estaba] por delante*”²³ e Ingenieros participaría de aquella primera etapa fundacional iniciada hacia 1895. En medio de su intensa vida de estudiante y militante preparó su obra *¿Qué es el socialismo?* publicada en 1895. Junto a Leopoldo Lugones conformaron una tendencia contraria a Juan B. Justo, en torno la política de alianzas y los métodos revolucionarios, que luego se materializó en *La Montaña*, “*periódico socialista revolucionario*” fundado y dirigido por Ingenieros y Lugones en 1897. La orientación modernista que adquirió el periódico debe asociarse con esa otra corriente, en este caso literaria, de la que tanto Ingenieros como Lugones formaron parte bajo la impronta de Rubén Darío.

Este primer período ingenieriano habría de interrumpirse hacia finales de su carrera iniciando otro marcado por una fructífera labor científica que no haría sino acentuarse a partir de su graduación en 1900 y de su definitivo abandono del Partido Socialista en 1902. A partir de entonces, se especializó en psiquiatría y psicología y, en 1905, obtuvo la confirmación de su prestigio al ser designado representante oficial en el Congreso Internacional de Psicología en Roma que presidió junto a Lombroso y Ferri. Oscar Terán señaló que en los primeros trabajos sociológicos escritos durante esta etapa (1900-1911) Ingenieros se concentró en la cuestión nacional recurriendo a una combinación de marxismo economicista y elementos evolucionistas que denominaría *bioeconomicismo*²⁴. La nación era entonces definida por Ingenieros, desde el darwinismo social, como una entidad colectiva que lucha por la supervivencia de acuerdo a las condiciones de su raza y su medio. Con esa matriz analizó la evolución de la “raza argentina” en formación confirmando las posibilidades del país de contrarrestar -en un futuro- la influencia de los “pueblos fuertes de la raza sajona” -Inglaterra antes, Alemania luego y Estados Unidos en el futuro- En efecto, Ingenieros confiaba en que Argentina podría erigirse en una nación con peso propio en el concierto internacional y ejercer su tutela pacifista sobre el continente.²⁵

Durante los primeros años de la década de 1910, su producción conoció un nuevo viraje hacia temáticas filosóficas que darían inicio a un nuevo período conceptual

²³ Horacio Tarcus, *Marx en la Argentina...*, p. 344.

²⁴ Oscar Terán (comp.) *José Ingenieros. Antiimperialismo y Nación*, México, Siglo XXI, 1979, p. 45.

²⁵ José Ingenieros, *Sociología Argentina*, Madrid, Daniel Jorro Editor, 1913, pp. 100 y ss.

que quedó plasmado en su libro *El Hombre Mediocre*, publicado en 1913. Compuesto de un discurso moralista, elitista, eticista y juvenilista el nuevo libro de Ingenieros alcanzó una veloz difusión en toda América Latina -sólo comparable a la que tuvo el *Ariel* de Rodó. Al igual que en el caso del intelectual uruguayo, los jóvenes universitarios reformistas tomaron sus palabras como guías espirituales a la vez que Ingenieros veía en ellas a esa “minoría pensante y actuante” que liberada de todo compromiso con el pasado, se hallaba preparada para construir el porvenir según los nuevos ideales de justicia social y solidaridad.

Para este entonces, Ingenieros gozaba de un importante reconocimiento a nivel latinoamericano e internacional de lo cual daba cuenta su incorporación al grupo *Clarté!* o su amistad epistolar con Felipe Carrillo Puerto, gobernador de Yucatán. Entre otras tantas actividades que desarrolló en calidad de referente intelectual debemos destacar aquí su participación en el homenaje que la revista *Nosotros* ofreciera al mexicano José Vasconcelos en su visita a Buenos Aires. En ese pequeño evento el *élan* latinoamericanista, que caracterizaba el discurso de los jóvenes reformistas de toda América Latina, se hacía presente en su discurso marcando un nuevo ideal y, al mismo tiempo, un nuevo punto de inflexión en su pensamiento.

Al año siguiente, Ingenieros, inició una nueva publicación: *Renovación. Boletín Mensual de Ideas, Libros y Revistas de la América Latina*. Esta revista, cuyo primer número data del 20 de enero de 1923, estaba dirigida especialmente a los jóvenes universitarios reformistas del continente con el objetivo de crear un espacio de vinculación y debate por la defensa de América Latina y la lucha contra el imperialismo norteamericano.²⁶ Dos años más tarde, en marzo de 1925, el Boletín se convirtió en órgano de difusión de la Unión Latino Americana (U.L.A.) bajo la presidencia de Alfredo Palacios. El 31 de octubre de ese mismo año, luego de un activo viaje por Francia y México en el cual había dado muestras de fatiga, falleció a raíz de sinusitis devenida en una meningitis de rápida evolución.

Imperialismo y latinoamericanismo en José Ingenieros.

²⁶ Alexandra Pita González, *Intelectuales, integración e identidad regional...*, p. 60.

Para comprender la postura antiimperialista de José Ingenieros debemos vincularla, por un lado, con ese *élan* latinoamericanista que comenzaba a tomar vigor en el continente tras los movimientos reformistas y, por el otro, con el reordenamiento del panorama político y económico internacional durante la primera pos guerra. Pues, según él mismo indicara, el alto grado de desarrollo de la producción capitalista que había alcanzado el país del norte junto a la hegemonía financiera mundial adquirida durante la guerra habían favorecido la “*voracidad de su casta privilegiada, presionando más y más la política en sentido imperialista*”²⁷. El imperialismo norteamericano comenzaba así a constituir una nueva problemática para Ingenieros porque, si bien había analizado la cuestión en trabajos anteriores, su otrora mirada socialdarwinista lo llevaba a pensar que el influjo que ese país ejercía sobre los pueblos débiles del continente iba a ser contrarrestado en el futuro por una tutela pacifista de la Argentina. Sin embargo, ahora parecía cambiar de opinión señalando que a pesar de que se pensara -y él mismo se incluía dentro de esa línea- que “*Panamá es el límite natural de la expansión y [que] allí se detendrá el imperialismo capitalista (...) Algunos, últimamente, hemos advertido que estábamos equivocados. Sabemos ya que sus voraces tentáculos se extienden por el Pacífico y por el Atlántico, con miras a asegurar el contralor financiero, directo o indirecto, sobre varias naciones del Sur*”²⁸.

Ingenieros retomaba para su análisis el esquema de fases de la expansión imperialista estadounidense formulado por el intelectual dominicano Max Heriquez Ureña. La primera se llevaba a cabo a partir de la cadena empréstitos que el gobierno norteamericano ofrecía, primero amistosamente y luego con cada vez mayores exigencias de garantías, a los gobiernos latinoamericanos. Mediante este accionar, las naciones comenzaban a ceder, paso a paso, parte de su soberanía a la nación hasta que “*en el momento de crisis más aguda, se toman en prenda las aduanas de la nación endeudada. Tras esa garantía, viene la fiscalización económica de todos los resortes de producción que tiene el gobierno deudor...*”²⁹. Llegado a este punto se producía casi naturalmente el paso a la segunda fase de conquista: el dominio político de la nación prestamista sobre la nación deudora. Ésta se ejerce de una forma “*directa y dictatorial*”

²⁷ José Ingenieros, *José Vasconcelos*, México, Universidad Autónoma de México, 1979, p. 9.

²⁸ José Ingenieros, *José Vasconcelos...*, p. 11.

²⁹ *Ibíd.*, p. 12.

y tenía por finalidad el “control del ejército nacional o el establecimiento de tropas en norteamericanas en el territorio de esa suerte dominado y explotado”³⁰.

A su entender, estas dos fases imperialistas ya estaban operando en América Latina: los países del Sur “estamos en la primera fase de conquista” mientras que los del Norte -los de Centroamérica- ya estaban ingresando en la segunda³¹. De todos modos, Ingenieros intentó establecer una diferenciación en el modo en que el imperialismo se ejercía sobre los países del continente, pues si bien, siguiendo el sistema de Henríquez Ureña, todos los países sufrirían la enajenación de su soberanía, ésta no se llevaría a cabo del mismo modo. Los países débiles y cercanos a la nación del norte eran pasibles de ser anexados o intervenidos, como lo demostraban los casos de Puerto Rico y Santo Domingo, pero “más difícil es oprimir a los grandes y distantes” aunque advertía que esa dominación “vendrá más tarde o bajo otras formas”³².

En este contexto, Ingenieros se planteaba si era posible contrarrestar ese poder y ese avance para proteger la independencia política y la soberanía de “nuestras nacionalidades que (...) están ante un dilema de hierro. O entregarse sumisos y alabar la Unión Panamericana (América para los norteamericanos), o prepararse en común a defender su independencia, echando las bases de una Unión Latino Americana”³³. Si para el autor, el imperialismo de los Estados Unidos se correspondía con su superioridad por ser “grande, rico y emprendedor”³⁴ para contrarrestar su avance creía necesario articular una acción de conjunto. Para lograrlo, las juventudes del continente -en tanto fuerzas morales-, debían dirigirse a los pueblos y generar una “nueva conciencia colectiva” y trabajar urgentemente por la organización de América Latina. En primer lugar, formar la opinión pública creando el sentimiento de patria continental para que, luego, los pueblos ejercieran presión sobre los gobiernos a fin de que se crearan instituciones “jurídicas, económicas e intelectuales” latinoamericanas y, por último, construir la confederación política y económica³⁵. Una vez que ello se hubiese alcanzado, Ingenieros anhelaba que los “pueblos de la América Latina”, conformando

³⁰ *Ídem.*

³¹ *Ibíd.*, p. 11.

³² *Ibíd.*, p. 15.

³³ *Ibíd.*, p. 14.

³⁴ *Ibíd.*, p. 9.

³⁵ *Ibíd.*, p. 16.

“una sola y grande nacionalidad continental”, pudieran obtener voz y voto en *“la futura balanza del derecho internacional”*³⁶.

En su análisis sobre el problema del imperialismo, la preocupación principal de Ingenieros era generar alguna alternativa para preservar la independencia política de los estados existentes en el continente frente a la amenaza del imperialismo norteamericano. Esa alternativa, pareció hallarla en la creación de una confederación política latinoamericana a la cual, pensaba, era posible arribar si, anteriormente, se lograba generar una nueva conciencia continental.

Palabras finales

En los apartados precedentes nos guió el objetivo de analizar en profundidad el modo en que Manuel Ugarte, Alfredo Palacios y José Ingenieros articularon un discurso latinoamericanista. Como hemos podido observar, los caminos por los cuales cada uno de ellos desarrolló este pensamiento difieren en tiempos y en perspectivas. No obstante, compartieron un mismo diagnóstico sobre el peligro que representaba para América Latina el avance del imperialismo norteamericano y la necesidad de coordinar una defensa común a través de una Confederación Latinoamericana. También acordaban respecto al sujeto social que debía llevar adelante este proyecto en su primera instancia, es decir, las juventudes latinoamericanas. Pero, estas coincidencias no deben ocultar sus diferencias. En relación con el problema del imperialismo podemos observar que si Ugarte comenzó a articular sus primeras formulaciones hacia el 1900, Palacios e Ingenieros manifestaron sus posturas más enérgicas hacia los años veinte. Por otra parte, las diferencias más relevantes podremos hallarlas en sus argumentaciones sobre la unión latinoamericana. En el caso de Ugarte, ello era tanto una necesidad del presente como una posibilidad de subsanar los “errores del pasado” y reconstruir, al menos, “en lo que refiere a política internacional una patria única”. Existía en él una idea de preexistencia de la nación latinoamericana que contrastaría con las formulaciones de

³⁶ José Ingenieros, “Terruño, Nación, Humanidad”, en Oscar Terán, *José Ingenieros: pensar la nación. Antología de textos*, Buenos Aires, Alianza Editorial, 1986, p. 287.

Ingenieros y Palacios. Este último, sostenía ciertas ideas esencialistas sobre el “ser americano” pero sus preocupaciones estaban vinculadas tanto a la amenaza expansionista como la percepción de la decadencia de occidente. Mientras tanto, en Ingenieros, la necesidad de constituir una unión latinoamericana estaba asociada exclusivamente a la defensa de la soberanía de los estados latinoamericanos.

Estas opiniones similares en algunos puntos y opuestas en otras dan muestra de la riqueza de concepciones que, las primeras décadas del siglo XX, ofrecían a la hora de buscar comprender y responder a lo que muchos veían como el principal problema latinoamericano de su tiempo.